

Consumiendo con emoción: En torno a *Cicatriz* de Sara Mesa

SILVIA ROSA
UNIVERSIDAD DE LAUSANA

Resumen:

El propósito del presente artículo es analizar en la novela *Cicatriz* de la escritora española Sara Mesa la red de sentidos que se plantean a través de la relación entre el consumo y las subjetividades. El estudio se inscribe en la consideración de una coexistencia permanente entre las prácticas económicas y las relaciones socio-afectivas (Mauss, Bourdieu, Baudrillard, Illouz). La obra se aborda a la luz de las teorías del regalo (Mauss, Belk), las reflexiones en torno al acto de “dépense” del filósofo francés Georges Bataille y la teoría del consumo del antropólogo londinense Daniel Miller. El objetivo es demostrar cómo la novela a través de su andamiaje narrativo amplía un pensamiento de los asuntos económicos y las emociones que contempla los bienes y servicios no sólo como mercancías dentro de un sistema capitalista; sino como expresiones vicarias de nuestras relaciones intersubjetivas.

Palabras claves: Sara Mesa, consumo, gasto, novela española contemporánea, emociones

Elle résolut de se promener en attendant, et de visiter ce beau château. Elle ne pouvait s'empêcher d'en admirer la beauté ; mais elle fut bien surprise de trouver une porte sur laquelle il y avait écrit : *Appartement de la Belle*. Elle ouvrit cette porte avec précipitation, et elle fut éblouie de la magnificence qui y régnait ; mais ce qui frappa le plus sa vue fut une grande bibliothèque, un clavecin et plusieurs livres de musique. «On ne veut pas que je m'ennuie», ditelle (sic), tout bas. Elle pensa ensuite : «Si je n'avais qu'un jour à demeurer ici, on ne m'aurait pas fait une telle provision.» Cette pensée ranima son courage. Elle ouvrit la bibliothèque, et vit un livre, où il y avait écrit en lettres d'or : *Souhaitez, commandez, vous êtes ici la reine et la maîtresse*¹.

Jeanne-Marie Leprince de Beaumont

El clásico de Jeanne-Marie Leprince de Beaumont nos entregó como nadie dos personajes terriblemente cautivos, cada cual encarcelado en sus propios presidios: Bestia recluso de un sortilegio y de su monstruosidad corporal, Bella confinada por un pacto entre la Bestia y su padre. Como sabemos, durante su cautiverio en el castillo Bella descubre que, más allá de la fealdad, anida en Bestia un ser generoso cuya única demanda es la de amar y estar acompañado. El ofrecimiento de Bestia para con la joven se materializa en la biblioteca en tanto símbolo de lo infinito y del deseo de perpetuar una relación sin fecha de caducidad, una relación basada en diálogos intelectuales generados tras la lectura. No sólo la provisión libresca a Bella es majestuosa, sino también el rol atribuido en el castillo: la reina y la ama². En definitiva, el temido monstruo regala a su huésped en los libros una puerta, un pretexto donde fundar el diálogo.

En su célebre *Essai sur le Don* publicado en 1921, Marcel Mauss explicó que los *dones* son restos, reliquias simbólicas de antiguas culturas, en las que se desempeñaban formas de convivencia muy diferentes a las actuales. Después de tantos siglos, determinados por una visión basada en la riqueza individual, acumulativa y excluyente, cuesta imaginar que hubo pueblos y culturas en que el recurso continuo al regalo, o donación, (y ¿por qué no, *transacción*?) era forma habitual de relacionarse y, sobre todo, de establecer —como lo hace Bestia— prestigios, obligaciones y jerarquías. Desde esta visión —según los antropólogos— el *don* fue en muchos casos la clave que dio sentido y fluidez a la economía. Entonces no era socialmente más admirado el que más acopiaba, sino el que más regalaba. El criterio circulante no consistía en atesorar para sí mismo, sino en desprenderse de lo propio, incluido lo más apreciado (la biblioteca de Bestia), para donárselo a otro. En estas culturas la donación y el regalo fueron el hábito social más efectivo para dinamizar una economía más distributiva.

Pero si volvemos al clásico de Leprince de Beaumont con el que abrimos este artículo no podemos pensar tan ingenuamente que Bestia regala a Bella su biblioteca en los términos que el antropólogo francés describe el *don*. La relación entre estos personajes es mucho más compleja e inquietante que tales reflexiones. La biblioteca ofrecida representa la materia tangible de un complejo entramado de vínculos afectivos y relaciones de poder que exponen el enclaustramiento al que se somete a la víctima (Bella) por parte de su victimario (Bestia); la explicitación del deseo de mantener la cautiva con vida y de establecer un espacio común que los acerque. O incluso la evidencia erudita de la no-animalidad del

1. Fragmento de *La belle et la Bête* de Leprince de Beaumont, Jeanne-Marie. *Contes des fées*. Québec : La Bibliothèque électronique du Québec Collection À tous les vents Volume 677 : version 1.0. Digital. p. 20. La versión digital ligeramente modificada sigue la primera de Leprince de Beaumont aparecida en *Le Magasin des enfants* en 1756.

2. Evidentemente en el texto "maîtresse" concentra un plus de sentidos que impregnan el relato: ama, señora, amante, maestra, ser que ejerce una dominación sobre los otros, ser a la vez libre e independiente, persona que dirige.

3. Resulta oportuno señalar que nos manejaremos en nuestro estudio con una visión de la economía totalmente influenciada por el pensamiento de intercambio simbólico correspondiente a Jean Baudrillard, para quien la economía tiene que ver con cada acto social y la forma en que éste se significa. Más aún, la economía se define en las valoraciones y toma de decisiones, cotidianas o trascendentales, que a un individuo le puedan representar un tipo de pérdida y en las que encuentre un tipo de puja. Planteamiento que Jean Baudrillard va a elaborar desde sus tres primeros libros: *Le Système des objets: la consommation des signes* (1968), *La Société de consommation* (1970) y *Pour une critique de l'économie politique du signe* (1972). Desde este marco, compartimos la tesis de Luis Alberto Verdugo Torres el sostener que los asuntos económicos comportan valoraciones, elecciones, fines, medios y, por supuesto, pérdida. Ver Verdugo Torres, Luis Alberto: "Más allá del homo oeconomicus. Gasto y desafío en Georges Bataille y Jean Baudrillard". Tesis. Universidad de La Salle Ciencia Unisalle. 1-1-2015. Publicación online.

monstruo. Desde este plus de lecturas la *Belle et la Bête* no sólo nos habla de un salvaje hombre-animal que intercambia una hermosa doncella con un comerciante (su padre) y la colma de lujo y libros a cambio de compañía, sino también de los objetos, los regalos, los sacrificios, los compromisos, los rituales de lectura y la subjetividad que se aventura en contextos donde los afectos se juegan en monedas de cambio.

En su libro *Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo* Eva Illouz (2007) argumenta que en sus desemejantes (de/re)-construcciones el capitalismo ha llevado aparejada la construcción de una “cultura emocional particular”. De allí que ella se interese por indagar la/s cultura/s emocional/es gestadas en la actualidad (autoayuda, terapias psíquicas de divulgación, el lenguaje emocional de la empresa e internet) con respecto a un marco socio-económico como el sistema capitalista imperante. Al emplear la metáfora del *Homo sentimentalis* Illouz caracteriza a los individuos que encarnan esa nueva cultura emocional que domina el capitalismo, y que a grandes rasgos consiste en “una cultura en la que las prácticas y los discursos emocionales y económicos se configuran mutuamente y producen un amplio movimiento en el que el afecto se convierte en un aspecto esencial del comportamiento económico y en el que la vida emocional —sobre todo la de la clase media— sigue la lógica del intercambio y las relaciones económicas” (Illouz, 19-20). Si bien, desde otros puntos de vista, las reflexiones de Illouz pueden ser cuestionadas⁴, aquí consideramos primordial rescatar de sus estudios esta llamada de atención acerca de la necesidad de profundizar las conexiones entre el input subjetivo y el intercambio en términos económicos.

El presente artículo pretende elaborar una reflexión en torno a los actos de consumo (adquisición y gasto) de bienes materiales en la novela *Cicatriz* (Anagrama 2015) de la escritora andaluza Sara Mesa en relación con la intimidad de las emociones. La obra publicada en 2015 ha sido objeto de numerosas críticas y reseñas. La mayoría de los comentarios han puesto el acento en la epistolaridad virtual⁵ como nuevo paradigma en las relaciones íntimas, su característica y consecuencias. En cuanto a la relación “amorosa” de los protagonistas se ha llamado la atención sobre las prácticas de poder y manipulación que el hombre ejerce sobre la mujer; y en lo referente al andamiaje narrativo se ha subrayado el clima perturbador, incómodo, “envenenado” de la trama⁶. En nuestro caso, creemos que en tales aproximaciones hay un aspecto que no ha sido lo suficientemente explorado: la subjetividad de ambos al adquirir y recibir los objetos que vertebran la relación, es decir, la construcción de una trama instaurada a partir de lo que podemos llamar un “contrato mercantil”⁷: la protagonista, Sonia, funcionaria municipal con una vida bastante anodina y con aspiraciones de escritora conoce a través de un foro literario a un tal Knut Hamsun (trasunto del nobel noruego maldito)⁸ quien le propone la transacción de enviarle todos los libros que le pida a cambio de una foto y de que reciba sus correos. Intercambio ininterrumpido a lo largo de siete años y se materializará desde el primer correo no sólo en las reflexiones literarias compartidas a partir de los libros mandados sino -y principalmente- en un continuum de majestuosos regalos por parte de él. Knut roba cantidades de libros en grandes almacenes (FNAC, Casa del Libro, El Corte Inglés, etc.) para ofrecérselos según ella le va dando títulos que le interesan. Así, ambos personajes se lanzan a una relación enrarecida durante años en la que él la colma a ella de regalos robados (primero libros, pero luego cd, ropa, perfumes, joyas, calzados) que no sólo crecen en cantidad y asiduidad sino en precio.

Teniendo en cuenta este acuerdo regulador de la relación asentado en un convenio de voluntades compelidas a regalar objetos de consumo y a aceptarlos; es que nos interrogaremos acerca del lugar del consumo (gasto y ahorro) desde una perspectiva antropológica y las relaciones afectivas que se establecen mediante esas permutas. La novela se irá analizando a la luz de las teorías del regalo (Mauss, Belk) y las reflexiones en torno al consumo del antropólogo londinense Daniel Miller y el francés Georges Bataille.

4. Para una crítica de los postulados de Illouz remito a las reflexiones, por ejemplo, de Piroška Nagy en “Pour une émotionologie contemporaine: les sentiments du capitalisme et le langage thérapeutique”, Carnet de EMMA, 5 de agosto, 2009.

5. Ver por ejemplo Marín Canals, Alex: “Correspondencia e intimidad en los ‘Nuevos Realismos’. Realismo genérico en Cicatriz de Sara Mesa. (Apuntes para una poética del chat)” en *Correspondances: de l'intime au public*. Volumen coordinado por Aline Janquart-Thibault, Catherine Orsini-Saillet, 2017, 127-141.

6. Entre los textos críticos más completos citamos la reseña de Martínez Fernández, Ángela en *Diabltexto Digital* 1, 2016, 297-301 y la de Contré, Guillaume aparecida en la revista *Le Matricule des anges*, bajo el título “Un prêt pour un rendu” (N° 029)

7. En sentido estrictamente jurídico tal como aparece en *El Diccionario de términos económicos, financieros y comerciales* de Alcaraz, Enrique; Brian Hughes y Miguel Ángel Campos Pardillos (Barcelona, Editorial Ariel: 2008) como el acto de comercio que se refiere a la adquisición por medio de un pago, de un producto o de los derechos sobre ese producto para mantener un lucro posterior.

8. Cabe señalar que el nobel noruego ha quedado marcado en la historia de la literatura principalmente por su filiación con el nazismo, aspecto que agiganta la idea de alguien malsano que conlleva el personaje de *Cicatriz*. Sin embargo, creemos que la elección del nombre va mucho más allá del estigma nazi y que recaba el sesgo de imprevisibilidad de los personajes principales de las obras de Hamsun: seres siempre complejos, intempestivos, apasionados; asociales que sienten un dolor profundo por su inadaptación al entorno. Pensemos en el protagonista sin nombre de *Sult*, en el teniente Thomas Glahn de *Pan* (y sobre todo en esa enrarecida relación entre Glahn y Edvarda) o en la pareja fundadora de *Markens grade* (Isaak e Inger). Es decir, la elección de Mesa no sólo agencia a Hamsun desde su impronta nacionalsocialista sino también desde la estela ficcional de sus personajes protagonistas en términos de su imponderabilidad y en muchas tramas construidas a partir de duplas.

Retornando a la fábula, cabe resaltar que la progresión en regalos envuelve a ambos protagonistas a lo largo del tiempo y del espacio (7 años y 700 km⁹) en un vínculo emocional extraño que ahoga y oprime de más en más a Sonia, aunque sin lograr nunca liberarse: hay algo que la une a Knut y no se trata ni de los lujosos regalos (nunca los usa, los guarda, los acumula y posteriormente los comienza a vender por la web) ni de la riqueza filosófica de las permutas literarias que la abruma y aburren:

Una noche, tumbada en la cama, mirando los lomos de los libros que aún no ha leído, intenta averiguar si es la codicia lo que está enganchándola o quizá otra pulsión más difícil de definir. Reconoce que se siente halagada. Hay algo seductor en esa conquista paulatina- que gana cada vez más y más terreno- a través del regalo, está confusa. En realidad, esos libros no le interesan; tampoco siente curiosidad por Knut. Lo que la atrae es sentirse destinataria de su atención. Su modo de acercarse es radicalmente diferente a todo lo que había conocido (...) Piensa en la felicidad que te supone abrir un paquete y encontrar en él, no sé, diez, quince libros para ti que ni siquiera esperabas. Pues eso no es nada, absolutamente nada, comparado con el placer que yo siento al enviártelos¹⁰. (Mesa 26-27)

Con una narración en tercera persona que explota una focalización importante en la intimidad de los personajes (principalmente Sonia), el relato se nos entrega simulando una narración objetiva. Por ello la autora elige contarnos la historia de Sonia y Knut con aparentes resúmenes escuetos de los hechos combinados con la cita del discurso directo del muchacho: "Como te dije. Está casi vacío, murmura. Ella asiente en silencio. Cruzan la calle" (Mesa 9). La relación entre los protagonistas se mantiene y solidifica en virtud de los obsequios que él le manda, presentes que aparecen como actos de exceso voluntarios que –si se consideran desde la perspectiva de Bataille– se asimilarían más a una funcionalidad de tipo sagrada y litúrgica que utilitaria. Según Bataille, en una sociedad capitalista nos vemos reducidos a la mera utilidad de las mercancías como cosas y, en este contexto, el hecho de consumir por consumir vendría a retornar la cosa al ámbito de lo santo, de lo sagrado porque lo desplazaría de la lógica económica materialista, vendría a "sacrificar" el objeto ejerciendo un acto de consumo sin lógica capitalista (utilitaria) pues es un "exceso" sin valor lucrativo¹¹. Por ello, la mejor manera de restaurar el *orden íntimo* es destruyendo sin beneficio aquello que podría haber sido destinado al provecho (lectura, estudio, compra, venta). "Este acto de sacrificio- continua Bataille- es el que restaura nuestra humanidad y divinidad en oposición a la burda materialidad de lo calculado" (Bataille 2007: 49). El consumo se convierte así en la negación de la lógica material de los artículos: "Adquirir libros, cosas, es muy fácil, insiste Knut, todos lo hacen, yo lo hago todos los días, dedico mi vida a ello, pero cuando regalo mi botín lo hago por el mero gusto de hacerlo" (Mesa 27). En el fondo, lo que Knut reafirma no es nuevo: el consumo cumple un papel central no solamente en el capitalismo contemporáneo, sino en nuestra naturaleza. Pero plantea a su manera (transgrediendo toda ley jurídica y comercial al robar) una forma alternativa de consumo que no sea un mero asistente del lucro y la subordinación entre las cosas, sentido que el filósofo francés lo asimiló al concepto antropológico de *sacrificio* en tanto acto contestatario a las lógicas de acumulación de riquezas y poder, sino como hecho de total disipación¹². Thibault Tranchat en su estudio sobre reificación, capitalismo y democracia en el pensamiento de Bataille explica cómo este pensador meditó un modelo ideal de comunidad dentro de su filosofía pesimista de la historia apoyándose en la tesis según la cual la historia universal proviene de un olvido de la necesidad natural del gasto en favor de la adquisición. Adquisición que consiste en la destrucción de las instituciones objetivas del "soberano", desembocando finalmente en el mundo deshumanizado/cosificado del capitalismo, en donde no puede darse una experiencia auténtica de la existencia (Tranchat 2014: s/p).

9. Interesante ¿coincidencia? que nos retrotrae desde la simbología numérica a la idea de la singularidad y rareza de la relación pues el 7 desde la antigüedad encerró un halo de misterio. Para Pitágoras era el número perfecto, Dante Alighieri lo usaba para construir sus obras y la Biblia lo menciona permanentemente en diferentes contextos (desde la Apocalipsis de San Juan, las iglesias de Asia, pasando por los pecados capitales y la Creación). Este dígito representa también la naturaleza en estado puro ya que los conjuntos fundamentales están relacionados y formados por 7 elementos; de allí que la Teosofía se base en un universo septenario. Además, en civilizaciones orientales aglutina también ideas de naturaleza y creación divina. Por otro lado, se asocia a la dualidad contenida en todo y reflejada en la expresión bíblica "siete años de vacas flacas y siete años de vacas gordas". Ver Georges Ifrah: *La historia universal de las cifras*. Madrid: Espasa Libros, 2000. Traducción del inglés de Juan María López de Sa y Madariaga.

10. Cursiva del original. La cursiva es utilizada para transcribir los correos principalmente de Knut.

11. Para profundizar el concepto de "utilidad" y de "gasto improductivo" planteado por Bataille ver "La notion de la dépense", artículo fundamental publicado en enero de 1933 en la revista de izquierdas *La Critique sociale*. En nuestro caso hemos trabajado con el escrito aparecido más tarde en Bataille, Georges: "La notion de dépense", en *La part maudite*. Paris, Éditions de Minuit, coll. "L'Usage des richesses", 1949 ; réédition Paris, Le Seuil, coll. « Points », 1967. La edición manejada para las citas de esta investigación es: Bataille, Georges. *La parte maldita*. Buenos Aires: Editorial Las cuarenta, 2007.

12. Citamos: "Los cultos exigen una destrucción cruenta de hombres y de animales de sacrificio. El sacrificio no es otra cosa, en el sentido etimológico de la palabra, que la producción de cosas sagradas. Es fácil darse cuenta de que las cosas sagradas tienen su origen en una pérdida." (Bataille 2007: 46)

La obra de Mesa no obedece propiamente a la idea de que los objetos regalados por Knut, desde una lógica sacrificial, inauguren una experiencia íntima “más auténtica”. Los catorce capítulos circulares de la novela lo acreditan¹³. Desde el capítulo 0 (Cicatriz) en el que los personajes se encuentran físicamente por primera vez (y única), toda experiencia subjetiva *auténtica* queda obturada: se dan cita en la azotea de un edificio sucio, derruido, mantienen mínimas relaciones carnales y afectivas (sólo tres besos insustanciales). Lo relevante de la cita es el momento en que Knut le regala una camiseta que Sonia se prueba y, al hacerlo, él descubre su cicatriz de la cesárea. Luego ambos personajes retornan a sus vidas y a las pantallas por las que se comunican: el inicio de la narración nos deja absortos, con sabor a nada, a algo que falta y no sabemos qué, al gusto insulso de un encuentro en el que no hay ni apetito emocional ni sexual. Un hombre y una mujer que se intercambian objetos y cicatrices en un vínculo siempre al borde de la caída. Dos personajes desencantados que van a deambular por los próximos catorce capítulos empujando la trama cronológicamente alrededor de ese encuentro, ese capítulo 0: “Siete años antes”, “Dos años antes”, “Cuatro meses después” o “Tres años antes”; cronología que se intercala con hechos puntuales sobre el proceso mercantil al que Sonia va sometiendo los regalos de Knut: “Compraventa”, “La lista” o “Autobús”. Así, la narración, que inicialmente se presenta como cronológica, muy pronto, con el giro de los capítulos interpolados dedicados a los objetos materiales, revela su foco: la cita en la azotea no es más que un pretexto de la narración para darle algún atisbo de sentido a una relación cuya fibra conductora se asienta en esas ritualizadas transacciones.

Esta inautenticidad de la relación nos lleva a pensar que si bien las consideraciones de Bataille son necesarias dentro de una historia de las civilizaciones es imprescindible plantear ciertas objeciones tal como lo hace el antropólogo londinense Daniel Miller para quien la visión del francés es seductora a nivel de regodeo intelectual pero, por un lado, carece de evidencias empíricas y, por el otro, no atiende a una característica de la mayor parte de los humanos: moverse siempre alrededor de los límites entre la libertad y la restricción; no solamente en las arenas de la libertad (Miller 1999). Por esto, Miller salva la idea de comprar/adquirir en su dimensión de “exceso” en el sentido en que se sacrifica la lógica de la acumulación individual/privada para ejecutar un gasto de los recursos recibidos; pero puntualiza, al mismo tiempo, que Bataille se equivoca al no reconocer que todo sacrificio conlleva una utilidad, un deseo de ganancia, la esperanza de “alcanzar propósitos específicos” (Miller 1999: 34). Nos preguntamos entonces: ¿Cuáles son los propósitos específicos de Knut al “comprar” y regalar a Sonia objetos que no “usa”? ¿En qué lógica se adscriben estos episodios? ¿Estamos ante un acto de reciprocidad (Mauss)? O bien ¿ante la lógica del potlatch tal como agudamente señalara Albert Bensoussan en su crítica de la novela para *En attendant Nadeau*?¹⁴ Siguiendo con el paralelismo iniciado podemos admitir que la Bestia (Knut) le regala objetos a la Bella (Sonia) a cambio de algo, al igual que en el clásico: su compañía, su existir, el permanecer a su lado: “Llegando incluso hasta las últimas consecuencias, diríamos que te mando libros simplemente como pago por tu existencia” (Mesa 28). Consideramos que la existencia ontológica de Sonia la convierte -para decirlo con Miller- en *Sujeto de devoción*, es decir, en esa entidad depositaria del deseo por otro, del deseo de salir de sí mismo; y los objetos de devoción (ideas, libros, ropas de lujo) devienen los medios para entrar en relación con ese amor¹⁵. Específicamente, creemos que ese intento de entrar en relación con la “amada” tiene que ver con la mecánica narrativa elegida (tan precisa como asfixiante) para contar esta historia. A saber, una tercera persona que inicialmente engaña desde una aparente apertura a la interioridad de los personajes, pero que, ya desde el comienzo, se cierra de manera que lo que aparece son, no ya las cercas del lenguaje a las que se refería Celan, que impiden la comunicación de la experiencia, sino la tensión entre las (in)experiencias de dos seres impenetrables: él, *l’ enfant terrible*, maldito, que establece reglas de juego

13. Otra vez duplo de siete.

14. Albert Bensoussan: «Roman virtuel, récit virtuose», en *En attendant Nadeau*. El crítico enmarca esta ceremonia dentro de un orden en el que Knut en tanto anfitrión busca legitimar su posición de poder mediante la ostentación generando una deuda que ella tendrá que asumir.

15. El capítulo 3 de *Ir de compras* está dedicado al análisis de ciertos Sujetos de devoción a la hora de comprar (el depositario de la ofrenda. A saber: dioses, deidades, seres amados, entidades como la Nación-Estado) y los Objetos de devoción (cosas materiales que simbolizan algo): 177-188.

(él único que leemos directamente pero con identidad siempre en sombras), y ella, la ingenua, la abúlica, la pasiva, la que sigue un juego en el que cree a medias. La narración avanza a través de la conciencia de ambos y la voz directa de Knut, lo que parece abrirnos a sus motivaciones pero que al final no nos dan grandes indicios de las razones por las que Sonia no rehúye a la ceremonia del consumo. El epígrafe con el que se abre la novela nos habla de culpa, “esa manera insípida de enfrentarse al mundo”. ¿Es por culpa de no corresponder *amorosamente* que Sonia recibe sin concesiones y no utiliza las cosas? ¿Es por culpa o despotismo que Knut sigue la partida de obsequios ya iniciada? ¿Es por culpa o por la propia insipidez de no lograr en lo más íntimo “combatir la dejadez, la pasividad y la indolencia” (Mesa 34)? En cualquier caso, la culpa como experiencia disfórica que se siente al romper las leyes establecidas influye en la chica para fundar relaciones de no-plenitud: con su madre, con Verdú su marido, con Knut, incluso con su hijo, tal como varias veces lo señala.

Knut y el amor agápico o el consumir fuera de la lógica capitalista

Por el otro lado, Knut se entrega completamente a un apego sentimental desbordante hacia Sonia, apego que él vive como *amor*, pero a sabiendas de que no es recíproco. Knut actúa, va hacia ella y al saberse condenado por su indiferencia decide entregarse a la dádiva de una conexión mediada por las cosas. Incluso si aceptamos la hipótesis del *potlatch* y su régimen siniestro de servidumbre encubierta, el final de la novela deja al manifiesto que la práctica significó más un ruego de atención cayendo en saco vacío que otra cosa: “En cambio, lo que tú me diste...Lo creas o no eres la única persona que -aunque haya sido sólo a ratos- me ha tratado como...como a todos nos gustaría ser tratados” (Mesa 189).

En el sacrificio más tradicional, los sujetos de devoción son por lo general espíritus o deidades, y en gran parte de las religiones su imagen es más parecida a la de una persona que a la de una cosa, si bien no existe a veces una frontera fija. El ideal del sacrificio (en todo caso en nuestra tradición occidental) y en especial, la abnegación del autosacrificio, permanecen estrechamente ligados a los ideales dominantes del amor devoto cristiano; aunque por supuesto a lo largo de dos mil años de historia es muy probable que la interacción entre estas diversas imágenes e ideales de amor, devoción y sacrificio hayan sufrido cambios y permutaciones. Campbell considera que la creciente secularización que siguió a la Ilustración, por ejemplo, reemplazó a ciertas figuras claves de devoción religiosa por nuevos objetos de devoción: el amor romántico y la nación-estado principalmente; y que tal transformación jugó un papel central en la aparición del consumismo moderno en lo relativo a la austeridad del acopio (Campbell 2001). Por ello, Campbell realiza el deseo y el placer hedonista como el reverso de tal austeridad de la acumulación que Weber consideró esencial para el desarrollo del capitalismo moderno. Sin lugar a dudas es esta hipótesis del hedonismo subyacente en las compras la que más ha prendido en el ideario contemporáneo¹⁶. Sin embargo, creemos que, en *Cicatriz*, se nos presenta otra trayectoria del amor (tal como Knut entiende su relación de apego por Sonia) que permanece más firme en los confines del amor como devoción. Ésta no nos lleva al amor como un elemento de mero romanticismo, sino que es igualmente pertinente al amor como la simple tarea devota que se espera en una relación íntima. Es la idea de amor “agápico”, conceptualización asentada en una adulación que, siendo trascendente, no está basada en el aprecio recíproco sino en la totalidad de la otredad. El objetivo de tal amor es precisamente la pérdida del ser mediante la unión con un ser amado; “es ante todo un acto creativo de la imaginación humana que surge como expresión cultural del profundo deseo existencial por un escape de la prisión del yo” (Lindholm 1995:57, en Miller: 150). Este es el ideal amoroso de Knut, quien es un *anormal* del sistema mercantilista burgués en toda regla: no trabaja, abandonó los estudios, vive cómodamente con sus padres, roba libros y objetos de lujo para regalarle a Sonia, acepta que ella esté casada y que lleve una vida normativa con Verdú y su hijo, no le

16. Para profundizar sobre las derivas del consumo moderno ver: Cortina, Adela. *Por una ética del consumo*. Buenos Aires: Taurus, 2002.

exige más que una foto, que reciba con gusto sus regalos y que le responda de vez en cuando sus correos; en definitiva que esté ahí para recoger su agasajo. El agasajo es ese acto económico que va más allá del aprovisionamiento capitalista, es un lujo extra más allá de los límites de la necesidad, el ahorro o la moderación que dan forma a la mayoría de los actos de abastecimiento mundanos. La relación que Knut propone, mediada por sus agasajos permanentes, no hace hincapié en las cuestiones de la contribución, los intereses equiparados y la alianza de semejantes como la base para relaciones aceptables y justas, ideas reactivadas en muchos de los discursos que nos circundan en torno al amor en la actualidad: feminismo, igualdad en la pareja en términos de género, relaciones poliamorosas equitativas, etc. El agasajo unilateral como constante del idilio va a contracorriente de las lógicas del amor dosificado y ecuánime, pues evoca la idea de despilfarro, de elemento inútil y excesivo mediante un acto de indulgencia que confirma la naturaleza especial del receptor de esta “compra”: “Si yo hubiese buscado “eso” solamente, no habría estado años atrás de ti, no te hubiera adquirido y entregado tantas cosas. Puedes considerarme extravagante, exagerado o loco, si te parece, pero, por Dios, ¡no me trates como un imbécil!” (Mesa 169). El personaje parece a simple vista ejercer un acto económico al revés de lo que Miller ha constatado en sus estudios de campo de las compras: el agasajo es un elemento menor en cualquier proceso de compra; en contraste con mucho, la actividad más importante en la experiencia mercantil de comprar, además de adquirir artículos, es ahorrar. Miller argumenta que cuando adquirimos la experiencia de la compra en tanto acto de gasto termina convirtiéndose en “pensamiento de ahorro” al comparar objetos en precio y calidad, al elegir, al buscar ofertas. Al adquirir un objeto, hay un fin material preciso mientras que el ahorro denota un fin más vago, menos previsible, menos tangible: ahorramos para todo y para nada; de allí que el ahorro devenga la mayor forma de postergación a futuro desde la legitimación del pasado. El ritual económico del ahorro contiene en sí mismo dos principios: por un lado, es centrípeto en la acepción de atraer hacia dentro y evitar el escape (encierro y retención); y por el otro, es abierto fundamentándose en la creencia de que hay una entidad “supra” más allá de esta gratificación inmediata que merece tal reserva (Miller 132). Desde esta perspectiva podemos decir que nuestro personaje Knut ahorra de manera exponencial, pues desde un punto de vista estrictamente financiero, sólo ahorra; dado que nunca gasta (roba); de ahí que la dinámica gasto/ahorro no se adscriba en los cauces mercantiles monetarios. El acto de robar para el joven es un resabio de una romántica resistencia de clase contra el ordenamiento económico burgués:

Mientras Sonia está sujeta a las imposiciones del grupo, él, él va por libre- robar quizás es la muestra más palpable de ello-. *El trabajo no es nada; sólo vale para trabajar más. Yo no trabajo, claro. Me dedico a adquirir cosas. Todo lo que los demás adquieren trabajando, yo me dedico a adquirirlo saltándome la escala de mando del sistema burgués* (Mesa 56, cursiva en el original).

De este modo el personaje deja bien claro que no es el objeto ni lo que simboliza el objeto ni el consumo de lo que rehúye sino de una estructura de producción y circulación de los bienes en donde la fuerza motriz es la reinversión de los ahorros para acrecentar las utilidades, reduciendo el almacenaje y aumentando al máximo el intercambio, evadiendo imperativos morales y emotivos propios de toda relación y reduciendo la legitimación de los vínculos/fuerzas¹⁷ a la obtención de utilidades. El joven no interpela ni al gasto ni al ahorro como prácticas degeneradas per se, al contrario, las asume en sus conductas consciente de que es mediante el consumo y la capacidad de este como proceso que podemos extraer los objetos del mercado y hacerlos personales: “Proust no es nada, Proust es Proust al lado de tu copa de vino” (Mesa 73). Es el proceso del consumo el que, a través de diversas formas de

17. La fuerza del trabajo, por ejemplo.

apropiación, como la compra, la elección, el tiempo de posesión, el uso y las asociaciones particulares, transforma los objetos en posesiones relativamente inalienables y nos permite crear ligaduras emocionales. Es esta la razón que motiva a Knut a adquirir cada vez más bienes para Sonia, porque por más que pretenda sustraerse de toda norma y presentarse como un outsider, en el fondo persigue una estructura ritual (propia de todo grupo humano), en la que sus actos de gasto y ahorro intercedan para crear entre ellos un vínculo trascendente, tal como Miller lo explica:

Pretendo demostrar que ir de compras es un acto regular que convierte a las compras en un ritual devoto que reafirma constantemente alguna fuerza trascendental convirtiéndose así en un medio principal para la constitución de lo trascendente (Miller 103).

A nuestro juicio, para Knut las cosas no son objetos de su devoción, sino que, al igual que en sociedades primitivas, parece dispuesto a permitir sin complejos una mediación en su fervor directo hacia Sonia como sujeto, aunque, sin poder escapar (y es esta su contradicción) al sistema de mercancías imperante. Por el contrario, para Sonia, cualquier cosa que se interponga entre ella y una pura subjetividad del otro le resulta sospechosa de ser una forma de fetichismo o deificación. De allí que ella busque clausurar a medias la sujeción a ese vínculo no leyendo los libros, ni vistiendo la ropa o las joyas que recibe conminando todo al fondo de los armarios, para al final, decidir iniciar un comercio con los regalos vendiendo todo por internet. En conclusión, lo que ella hace es inscribir los “productos” en la lógica brutal del capitalismo puro y duro en el que los intercambios implican una reificación¹⁸ de los vínculos sociales.

El cuidado y la atención con que Knut elige lo que hurta (guantes de Tous, faldas Armani, etc.) para Sonia está lejos de la resistencia contra los intentos por relacionar la identidad social con el estado (como lo promueven las ideas socialistas) ni tampoco con el mercado per se (como sería el caso desde lógicas capitalistas); la alienación que Knut siente que, le imponen estas instituciones impulsa su deseo por crear otro enlace emocional mediante la experiencia del consumo. El consumo entonces, lejos de ser la continuación de los proyectos de producción y distribución es de hecho el punto de negociación donde el enamorado usa la particularidad de los bienes para crear la relación, en oposición directa a la vastedad de los mercados y los estados. La extraña relación con los objetos mercantiles de los amantes de Cicatriz nos permite reflexionar acerca de la complejidad de nuestras relaciones con el consumo y nos recuerda que no somos simples criaturas y categorías de la máquina productiva o financiera, y que no son siempre los bienes los que influyen sobre nosotros como meros títeres de los sistemas imperantes. La relación con las compras, con los objetos de consumo evoca relaciones muy complejas en su estructura y deviene una expresión vicaria de las relaciones íntimas:

Con todo, no me tengo por bueno, sino por muy bueno, incluso mucho mejor de lo que tu nunca has podido llegar a pensar. Si no fuera así, no habría consagrado toda mi vida al robo y tantos años a tu agasajo. Mi exhaustividad acaba derivando en un sentido del honor casi calderoniano, pero si las cosas no terminan saliendo como yo esperaba, no me duelen prendas en reconocer mi derrota... (Mesa 175-176)

Las palabras de Knut traslucen la capitulación amorosa, sus entregas materiales a Sonia no alcanzaron la trascendencia, fue -para decirlo con Bataille- el camino más seguro a la pérdida. Lejos de ser la esencia de un ordinario acto indecente y materialista, los robos y regalos del enamorado simbolizaban para él los vestigios del desafío hacia la consecución de ese amor. Sin embargo, aunque el ritual del consumo transgresor y destructivo llevado a cabo en cada comercio para su deidad no concluyó en una

18. Decimos reificación en dos sentidos, por un lado, en un sentido totalmente marxista, es decir, designando una forma particular de alienación en el modo de producción capitalista; y, por otro lado, como falacia al convertir entidades abstractas de difícil cuantificación y de determinación de sus cualidades en entidades lógicas ajustadas a un determinado esquema conceptual.

relación de tinte profano no es plenamente una derrota, no desde su lógica, pues fue en la relación con tales objetos, en el proceso de adquisición que se expandió la relación con ella, por eso concluye: “Y, aún así, sí, supongo que aún por ellos te quiero” (Mesa 176). En esta línea de ideas se sitúa Miller al sostener que el sacrificio implica “la transformación de los objetos de consumo, que dejan de dilapidarse mundanamente en actos profanos para transmutarse en un régimen de valor más alto, donde participan de una relación que constituye lo divino” (Miller 183). Los personajes de la novela comprenden muy bien esta transformación de los objetos y es esta celebración del sacrificio la única fuerza que mantiene la relación, y toma cuerpo en la metáfora magistral del envío/encomienda /correo. Knut manda los paquetes, pero es Sonia siempre quien debe pagar “los gastos de envío”; aceptar pagar significa, evidentemente, consentir los regalos, pero también reconocer la capacidad de esos entes para objetivar la atención que Knut le prodiga y que la halaga y tonifica, permitiéndole vivir algún tipo de sensación. La ilustración de la tapa nos renvía en esta dirección: maniquí femenino en espera de ser adornado para adquirir carácter.

Sonia o la recepción traducida en escritura

Knut se refiere constantemente en sus correos a esas “otras cualidades” para conseguir los objetos en lugar de comprarlos a la manera tradicional. Con este eufemismo no sólo hace referencia al hurto, sino también al tipo de intercambio en el que el objeto consumido no obedece a las leyes de una mercantilización de las cosas, sino más bien a la interrupción de los mecanismos de reificación utilitarista sustrayéndose del mundo racional e instrumental del cálculo que dicta *uno x uno, dar para recibir*, tal cómo interpreta las relaciones la amiga de Sonia cuando censura el trato:

“Pero, Sonia, es que nada tiene sentido. En realidad, piensa que ... Es difícil creer que no te pidiera nada a cambio ... Pero si hasta te regaló perfumes (...) Estoy desconcertada, eso es todo. Dices que ni siquiera lo viste en foto, pero recibías sus cartas a diario. ¿De verdad no sentías curiosidad? Es todo tan raro...” (Mesa 72, cursiva en el original).

Para el resto del mundo el pacto entre los personajes era extraño, sospechoso sin más. Para él, era su manera de mantener viva una relación en la que se veía desventajado desde el principio. Knut se sabía Bestia, una materia grosera, primitiva sin modelación social, sin códigos más allá de los que obedecían a sus propios instintos, la posibilidad del rechazo lo principia en un devenir transaccional agápico que quedará en la estacada: *“Te he regalado todo, adquirido todo, sí, pero no lo que tu querías”* (Mesa 189, cursiva en el original). Para ella, como siempre repite, la interacción mediada por objetos la deleitaba, la volvía blanco de la atención, de gastos (excesos) desmedidos por parte de un otro que no pedía más que compañía, demanda que Mesa reproduce en la ficción al citar casi exclusivamente y en extenso los correos de Knut y no los de Sonia. De este modo, es la interiorización obsesiva, unida a la visión de sí mismo como *porte parole* y demandante principal, la que constituye al personaje como un yo interpelante; mientras que ella calla, escucha, lee y recibe. Knut intenta no sólo formarla intelectualmente al inicio, sino que luego se dedica a su apariencia (ropa, maquillajes, lencería). Así vista, la novela se yergue como un universo en el que todo parece una transacción unidireccional de correos, regalos y llamadas. Él exige y regala, ella recoge y no dilapida.

El acto de consumo, entonces, no se ofrece como un acto superficial manipulado por las fuerzas de producción y distribución capitalistas o estatales, los actos de consumo vuelven a saturarse de los proyectos humanos de creación del valor (amor, deseo, perversión, soledad, anhelo de atención); idea que se cristaliza perfectamente al restituir toda esa materia tangible (libros, correos, objetos) en la materia narrativa de la

novela que finalmente Sonia escribe y publica:

(Knut) "Insiste en que debería (Sonia) escribir a pesar de todo. Algún día, quizá, pueda escribir sobre su historia. La historia de ellos dos como la muestra irreversible del poder del destino" (Mesa 187).

En *Cicatriz* se transcribe a Knut delatando como toda esa esperanza puesta en los intercambios y el consumo material fracasaron en su intento de conquistar a Sonia y/o guardarla a su lado, pero a la par se narra otro triunfo de mayor importancia: la vocación literaria de Sonia, el consumo de esa otra materia que es la escritura y la subjetividad que Knut avivó. Es más, según vamos avanzando en la lectura de la novela y del intercambio epistolar, descubrimos que la acción de escribir aparece después de un acto de consumo: vender guantes de Tous le ayuda a ella a describir sus manos, ir gastando los perfumes y restituyéndole los envases vacíos la va definiendo como un personaje dostoievskiano. Esta idea se encuentra reforzada por el hecho de que en el momento de publicar la novela Sonia no logra recordar a Knut más que como "una amalgama de palabras, paquetes, etiquetas, sujetadores, libros, zapatos de tacón" (Mesa 192). Al igual que Bella al comprender que el generoso *aprovisionamiento* de la biblioteca significa que Bestia no pergeña matarla sino alargar su estancia en el castillo: "Elle pensa ensuite: «Si je n'avais qu'un jour à demeurer ici, on ne m'aurait pas fait une telle provision.»"; Sonia parece haberse lanzado a esta enrarecida conexión entendiendo que su Bestia no va a matarla, que quizás el acopio que le propone puede producir nuevos sentidos. De este modo, el recorrido que se traza desde el inicio en una azotea húmeda y nauseabunda en el que se intercambia una camiseta y el epílogo en el que se presenta la novelización de tales intercambios se cierra: consumir es (como) escribir, escribir es (como) consumir. O, quizás, deberíamos decir que el *parcours* se abre y se dispara en diferentes direcciones, pues no olvidemos que Sonia no consume los regalos, pero sí los inserta en el sistema en tanto mercancías, al momento que transforma esos productos triviales en un régimen de consumo sagrado: el de la escritura. Esta múltiple tematización del consumo impide que las piezas encajen perfectamente en una lectura llana de la novela. Esta ambigüedad es quizás el aspecto más interesante del entramado metafórico del texto, pues de él se desprende no solamente una apuesta por el consumo más allá de las lógicas capitalistas, sino que, además, dicha apuesta implica asimismo una dimensión literaria: una escritura incómoda, desagradable de a ratos, pero honesta con la complejidad del tema tratado y despojada de lecciones moralistas.

Volviendo a nuestro planteo inicial, vemos como Knut -al igual que Bestia- es un ser replegado en una vida solitaria, prisionero de sus propios pactos con la sociedad que lo vuelve, en cierto sentido, maquiavélico y desencastrado de todo atisbo de empatía cuya única mediación con el mundo es la devoción hacia Sonia y las transacciones iniciadas. Los tiempos han cambiado y afortunadamente la bella Sonia no es encerrada por una alianza entre hombres (padre y pareja) en un lujoso castillo: Tampoco son sus encantos de dócil fémina los que mutan al monstruo en príncipe. Aquí no hay príncipe ni princesa. Hay una relación adictiva entre dos seres solitarios, incómodos en sus entornos vitales, encarcelados en un mundo desencantado. Desde un principio Knut Hamsun aparece como el controlador de la dupla, el creador que manipula y modela Sonia a su antojo. Pero a lo largo de las páginas Sonia se va revelando a su manera: poco habla (pero finalmente escribe), acepta regalos (no los usa y al final los vende). Todo esto entabla un universo ambiguo y desconcertante que se apuntilla con una despedida también bifronte: "El alivio del fin, unido a esa añoranza, inseparable" (Mesa 189).

En lo que se refiere a las relaciones entre el consumo y la subjetividad no solamente son representadas en sus peligros (en cierto sentido todo es mercancia, hasta nuestras ideas), al tiempo que se amplía la reflexión en los vínculos y las maneras de consumir que nacen a partir los relatos de cada de intimidad: Bestia no ofreció joyas, piedras preciosas o un banquete sideral; ofreció una biblioteca. La elección estaba destinada a evocar su desanimalización. Knut ofrece libros, lo que juzga insuficiente en estos tiempos y por ello se lanza paradójicamente a consumir los productos del sistema que arguye detestar. Esta desazonadora contradicción en el consumo es la que narra la novela, por un lado; y por otro, se adentra en el mundo de las transacciones para explorar los sentidos sociales e íntimos que conllevan. Aquí no se acusa a los intercambios mercantiles de erosionar el contenido emotivo de nuestras intimidades y afectar la solidaridad que como seres humanos nos es propia. La reflexión que abre Sara Mesa es tan fina como necesaria: los vínculos entre intimidad e intercambios económicos (bienes y servicios) son fluidos e inherentes al hombre, y por ello tal cohabitación es inexorable: las transacciones y el consumo son parte constitutiva de la naturaleza humana por lo que urgen ser tratadas desde puntos de vista que asuman tal vinculación y desarticulen, tal como dice Miller, la confusión de la naturalización del consumo como actividad y la naturalización de un medio (Capitalismo) para asegurar esa actividad (Miller 156). La novela representa este componente paradójico del consumo a través de los *zapatos azules* (último envío de Knut) que Sonia no logra encuadrar en ninguna operación económica conocida: acopio (“guardarlos en un armario medio vacío”), uso (“no quiere ponerse”), deshecho (“no quiere tirar”), compra/venta (“no quiere vender”) (Mesa 156). Así, dentro de la indagación de la problemática del consumo y las subjetividades, la obra expone que las relaciones establecidas a través del consumo no son siempre ni en toda condición mentecatas ni maniobradas por los mercados, simple y llanamente porque quienes consumen (por ahora) somos los seres humanos (con nuestra heterogeneidad, sentimientos, paradojas y anomalías). Replantearse justamente actos tan cotidianos y primitivos en los que confluyen emociones y cosas en un marco más vinculante nos ayudará quizás a debatir alternativas viables a las actuales condiciones irresponsables del consumo y del ahorro propias de sistemas financieros y de culturas materiales que no apelan a la autenticidad de los seres sino a su alienación. Cicatriz nos cuenta una relación entre dos caracteres lacerados por su época, al tiempo que cavila acerca del consumo como acto de gasto innato a través del cual el hombre entra en conexión con los otros, sin caer en argumentaciones sociológicas polarizadas (defensa/condena) ni planteando la cuestión desde campos cuyos principios mercantiles se basan sólo en los supuestos de adquisición-producción-acumulación (marketing, publicidad, finanzas). El texto propone agenciar en el debate la idea de que el intercambio simbólico reactiva una dimensión nuclear latente que se filtra en las relaciones de intimidad que nos definen y por supuesto, a la inversa. Miller argumenta en su libro que su objetivo fue demostrar cómo las compras en tanto actos de consumo giran en torno a relaciones de amor, de afecto, de deseo y que para desentrañarnos como seres humanos nos ayudaría el replantearnos este acto sin considerarlo superficial y manipulado sólo por intereses propios a los mercados en su definición más hegemónica, pues “la superficialidad no está en la actividad misma, sino en nuestros intentos por comprenderla” (Miller 14), al mismo tiempo que escribe “dejamos a los buenos novelistas la tarea de demostrar la profunda naturaleza de tal relación” (179). Sin lugar a dudas Sara Mesa es una gran novelista, y a la vista está que asumió la tarea de repensar el consumo desde lógicas alternativas (y desconcertantes) a las aproximaciones más frecuentes (anticonsumismo, consumismo, consumo sostenible, consumo empujado, etc.) retornando el poder del acto al ser humano, pues el saberse capaz de decidir es la única vía real para la autenticidad y el cambio.

OBRAS CITADAS

Alcaraz, Enrique; Brian Hughes y Miguel Ángel Campos Pardillos. *Diccionario de términos económicos, financieros y comerciales*. Barcelona: Editorial Ariel, 2008.

Bataille, Georges. *L'expérience intérieure*. Paris : Gallimard, 1967.

---"La notion de dépense", en *La part maudite*. Paris, Éditions de Minuit, coll. "L'Usage des richesses", 1949 ; réédition Paris, Le Seuil, coll. « Points », 1967.

---. *La parte maldita*. Buenos Aires: Editorial Las cuarenta, 2007.

Baudrillard, Jean. *El intercambio simbólico y la muerte*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1993.

Bensoussan, Albert : « Roman virtuel, récit virtuose », en *En attendant Nadeau*, junio 2017, N°34 : 13

Campbell, Colin. *A ética romântica e o espírito do consumismo moderno*. Rio de Janeiro: Ed. Rocco, 2001. Traducción del inglés al portugués de Mauro Gama.

Contré, Guillaume : « Un prêt pour un rendu » ; revista *Le Matricule des anges*, N° 029.

Cortina, Adela. *Por una ética del consumo*. Buenos Aires: Taurus, 2002.

Ifrah, Georges. *La historian universal de las cifras*. Madrid: Espasa Libros, 2000. Traducción del inglés por Juan María López de Sa y Madariaga.

Illouz, Eva. *Intimidaciones congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires: Katz Editores, 2007. Traducción del inglés de Joaquin Ibarburú.

Leprince de Beaumont, Jeanne-Marie. *Contes des féés*. Québec : La Bibliothèque électronique du Québec Collection À tous les vents Volume 677 : version 1.0. Digital.

Marín Canals, Alex: "Correspondencia e intimidad en los "Nuevos Realismos". Realismo genérico en Cicatriz de Sara Mesa. (Apuntes para una poética del chat)" en *Correspondances: de l'intime au public*. Volumen coordinado por Aline Janquart-Thibault, Catherine Orsini-Saillet. Paris: Orbis Tertius, 2017, 127-141.

Martínez Fernández, Ángela. "Cicatriz de Sara Mesa"; en *Diablotexto Digital 1*, 2016, pp. 297-30.

Mauss, Marcel. *Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques*. Paris: PUF, 2012.

Mesa, Sara. *Cicatriz*. Barcelona: Anagrama, 2015.

OBRAS CITADAS

Miller, Daniel. *Ir de compras: Una teoría*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1999.
Traducción del inglés por Ricardo Paola de la Barrera.

Piroska, Nagy. « Pour une émotionologie contemporaine : les sentiments du capitalisme et le langage thérapeutique ». *Carnet de EMMA* (2009). Versión online sin paginar. <https://emma.hypotheses.org/551>

Tranchant, Thibault. « Réification, capitalisme et démocratie chez Georges Bataille ». *Revue du MAUSS permanente* (2014). Versión online sin paginar. <http://www.journaldumauss.net/?Reification-capitalisme-et-1164>

Verdugo Torres, Luis Alberto. "Más allá del *homo oeconomicus*. Gasto y desafío en Georges Bataille y Jean Baudrillard". Tesis. Universidad de La Salle Ciencia Unisalle. Publicación online.